



SÍNDROME X FRÁGIL DE ARGENTINA
AGRUPACIÓN DE PADRES

SXF 6

QUÉ ES EDUCAR EN FAMILIA?

Por Bernabé Tierno Jiménez (Psicólogo y Psicopedagogo)

Artículo extraído de la revista "X Frágil" – enero/junio 2000 – de la Asociación de Murcia, España

EL NIÑO HUMILLADO

Por Marco W. Battacchi

Artículo publicado en "Enfance" – Nro. 1 - 1993

LOS MALOS TRATOS MORALES DE QUE SON OBJETO LOS NIÑOS BAJO DIVERSAS FORMAS SON AÚN MÁS TRAUMATIZANTES QUE LOS FÍSICOS, POR SER MÁS SUTILES Y ESCAPAR DE LA CONCIENCIA DEL QUE LOS REALIZA.

E-Mail: contacto@xfragil.com.ar

WEB: <http://www.xfragil.com.ar>

QUÉ ES EDUCAR EN FAMILIA?

Por Bernabé Tierno Jiménez (Psicólogo y Psicopedagogo)

Artículo extraído de la revista "X Frágil" – enero/junio 2000 – de la Asociación de Murcia, España

1. Tratar a cada hijo como persona distinta, diferente, independiente y libre. Hay que aceptar la individualidad que es sagrada y permitirle ser él mismo, seguir su camino, su vocación.
2. Educar es actuar siempre desde la madurez, desde la coherencia interna, desde la propia verdad y la realidad de lo que somos sin fingimientos, ofreciendo lo mejor de nosotros mismos sin alardes, sin importar que aparezcan nuestros defectos y debilidades.
3. Educar es estar atentos a reforzar y alentar cuanto de positivo tenga el educando, aunque debe evitarse elogiar por todo y a cada momento, dando la sensación de que se le está juzgando constantemente.
4. Educar es descartar las "etiquetas", las frases destructivas: "Me avergüenzo de ti", "eres un desastre", "no serás nada en la vida", "cada día vas peor"... Estos juicios negativos (profecías autocumplidas) causan verdaderos estragos en la autoestima y autorespeto del inmaduro, bloquean su seguridad y aumentan la culpabilidad.
5. Educar es averiguar qué efectos producen en nuestros hijos actitudes tan negativas como la intolerancia, los insultos y descalificaciones, la permisividad excesiva y las formas violentas en el trato. Cuántas veces los padres provocamos situaciones educativas lamentables!
6. Educar no es pasarse entre los esposos las culpas de la malcrianza de los hijos. Es asumir cada cual su parte de error y poner remedio cuanto antes.

7. Educar no es que un padre consienta todo mientras el otro se muestra intransigente. Esta actitud “esquizofrénica” en lo educativo, confunde y desorienta al educando.
8. Educar no es aplicar parámetros distintos según el buen o mal humor del momento.
9. Educar no es dejar perdidos a los hijos sin unas normas precisas y claras por las que guiarse y que les proporcionan seguridad.
10. Educar no es que cada adulto ejerza en el hogar la autoridad a su capricho. El padre con gritos y castigos, la madre tapando y tolerando y los abuelos chantajeando o comprando el cariño.
11. Educar no es cambiar de opinión según el capricho o el humor, ni dar órdenes contradictorias que dejan al educando sin puntos de referencia y sin saber a qué atenerse.
12. Educar es: **SER EJEMPLO PERMANENTE** de autenticidad, amor, sencillez y coherencia entre los padres que están de común acuerdo en unas normas claras y precisas, perfectamente conocidas por los hijos, a las que todos deben atenerse sin concesiones.

ES SEMBRAR ESPERANZA en la mente y en el corazón de nuestros hijos y crearlos: capaces, nobles, bondadosos, notables, creativos y felices; enseñarles a vivir con plenitud un presente de dicha, felicidad y paz y que en esto consiste labrarse su futuro.

EL NIÑO HUMILLADO

Por Marco W. Battacchi

Artículo publicado en "Enfance" – Nro. 1 - 1993

LOS MALOS TRATOS MORALES DE QUE SON OBJETO LOS NIÑOS BAJO DIVERSAS FORMAS SON AÚN MÁS TRAUMATIZANTES QUE LOS FÍSICOS, POR SER MÁS SUTILES Y ESCAPAR DE LA CONCIENCIA DEL QUE LOS REALIZA.

PREFACIO

Desde hace varios años me vengo ocupando de la psicología de las emociones a diferentes niveles. Ante todo, a nivel de la definición misma del concepto de emoción, para la que me he inspirado explícitamente en los fundamentales análisis de Wallon en su obra *Los orígenes del carácter en el niño*, subrayando el papel de articulador que tienen las emociones entre las dimensiones biológica, psicológica y social, así como su función preeminente de comunicación intersubjetiva (Battacchi, 1988).

A nivel de la investigación experimental, un equipo formado por investigadores del Departamento de Psicología de la Universidad de Bolonia y del Departamento de Psicología General de la Universidad de Papua, está estudiando bajo mi dirección las relaciones existentes entre la experiencia emotiva subjetiva y sus manifestaciones fisiológicas, en particular la actividad gástrica (Baldaro, Battacchi, Tromini, Palomba y Stegano, 1990)

Es cierto que estas investigaciones se refieren al aspecto biológico de las emociones pero, en lo concerniente a su aspecto propiamente psicológico y social, mis colaboradores y yo mismo lo hemos encarado a través del estudio de una emoción específica, la **vergüenza**, sobre la que Wallon realizó varias observaciones penetrantes en *Los orígenes del carácter* (pero también trató en forma indirecta en su ensayo sobre el tema estrechamente ligado, la **torpeza**).

Esta investigación sobre la vergüenza se diversificó en varias vetas: el análisis fenomenológico de las formas de la vergüenza y de la estructura intersubjetiva de las situaciones que la provocan (Battacchi y Codispoti, 1992), la determinación y descripción de un "síndrome de vergüenza" (Battacchi y Codispoti, 1990), la puesta a punto de un instrumento psicométrico que permite medir la disposición para la vergüenza y para el sentimiento de culpa (Battacchi, Codispoti y Marano, 1992).

Aquí se presentan los resultados de estas íntimas investigaciones desde un punto de vista particular, a través del análisis de las situaciones típicas en las que un chico sufre una humillación y, en consecuencia, es puesto en situación de tener vergüenza. Si consideramos que Janet (1908-1911) ya había subrayado el papel de la vergüenza en psicopatología (las obsesiones de vergüenza, que Sastre escribió, en *El ser y la nada*, páginas fundamentales para la comprensión de la vergüenza y que una de las condiciones necesarias para experimentar la vergüenza es el desarrollo de la conciencia de sí, la que ha sido estudiada por Wallon y Zazzo, este último en particular en el marco de sus espléndidas investigaciones sobre el reconocimiento o, mejor dicho, la identificación de la imagen de sí –entonces, este ensayo que, por su título mismo remite estilísticamente aun ensayo de Wallon (*El niño turbulento*) es más que un homenaje a Wallon:

quiere ser asimismo un homenaje, a mi criterio más que justificado, a su alumno René Zazzo, a quien me atrevo a contar entre mis maestros, al igual que un homenaje a la gran tradición psicológica francesa, de la que me he nutrido, y que no ocupa el lugar que merece en la comunidad psicológica actual. Una tradición que añade, al rigor de la observación y de la experimentación, un análisis conceptual sutil y audaz.

EL NIÑO HUMILLADO

Cuando se habla de malos tratos infligidos a los chicos, de inmediato nos representamos situaciones de violencia y sufrimiento físicos. Se piensa mucho menos en los malos tratos morales de que son objetos los chicos bajo diversas formas y que son aún más traumatizantes que los físicos por ser más sutiles y, en consecuencia, escapan a la conciencia del que los inflige, razón por la cual pueden prolongarse en el tiempo en forma indefinida.

Voy a considerar aquí una forma específica de maltrato moral, tan extendida como perniciosa: la humillación.

En realidad, malos tratos físicos y humillación están estrechamente asociados, como ya lo había observado Freud. En su ensayo "*Pegan a un niño*" (1919), él advierte que el hecho de ser golpeado no es tan doloroso físicamente o no sólo lo es, sino que lo es moralmente a causa del sentimiento de humillación que deriva de él, ya que el niño es expulsado de pronto del afecto de sus padres que él creía absolutamente inmutable.

De manera más general, los fantasmas y comportamientos sadomasoquistas están ligados en forma tan estrecha a la humillación y a la vergüenza, que uno tiene derecho a suponer, o bien que la humillación es un medio para satisfacer deseos sadomasoquistas, o bien que los fantasmas y comportamientos sadomasoquistas son uno de los modos posibles de humillar y hacerse humillar.

De todos modos, una cosa es segura: la humillación, y los chicos son a menudo humillados, tiene efectos traumatizantes devastadores.

Sobre la base de un profundo análisis fenomenológico, se han podido definir cinco principales formas de humillación (Battacchi y Codispoti, 1992) y es fácil controlar el modo y la frecuencia en que los chicos sufren estas cinco formas.

La primera forma es la de la negativa opuesta a un pedido de atención, el que, de este modo, aparece como una pretensión sin fundamento. Un caso típico es el del chico que hace una pregunta o efectúa un pedido, en particular a una persona significativa, y no recibe respuesta o bien recibe una respuesta distraída o irritada. La decepción que provoca no es aquella derivada del hecho de recibir críticas o reproches, sino la otra, mucho más profunda, de la no respuesta, la que ofrece y ser rechazado.

Esta es una situación que recuerda el concepto de no-reflejo que se encuentra en Kohut (1971): la persona tiene la impresión de no ser vista o de ser vista pero no mirada. Esta forma de humillación tiene por efecto poner en duda la existencia misma de la persona como tal ("Existo acaso para los otros?")

Una segunda forma de humillación procede de la negativa opuesta a un pedido de aprobación. Distinguimos la negativa opuesta a un pedido de aprobación de la negativa opuesta a un pedido de admiración del que hablaré enseguida, ya que muchas personas cuyos trastornos psíquicos se originan en experiencias de humillación traumatizantes, no tenían en absoluto ambiciones excesivas, sino que se habrían conformado con ser "como los demás".

Lo que es seguro es que la falta de mirroring (no reflejo) de parte de los padres no afecta sólo la grandiosidad del exhibicionismo infantil, como lo sostiene Kohut (1971), sino que también incluye la simple decepción vivida por un chico cuando no se siente alentado en sus esfuerzos por más

modestos que sean. Kafka ha descrito con lucidez este tipo de interacción decepcionantes en la *Carta al padre*: “Bastaba con sentirse feliz por algo, con sentir el alma plena por ello, con volver a casa y expresarlo, y la respuesta era una sonrisa irónica, un movimiento de cabeza, un tamborileo de los dedos sobre la mesa: “Hemos visto cosas mejores”, o bien: “Tengo otras cosas en qué pensar yo”, o bien: “No tenés nada más que hacer?”, o incluso: “y eso para qué puede servirte?”, o finalmente: “Miren que gran acontecimiento. Claro, yo no podía pretender que te entusiasmaras con todas mis puerilidades mientras vos vivías entre las preocupaciones y los sinsabores. No, no se trataba de eso”.

Esta forma de humillación presenta sub-formas, o más solapadas o, por el contrario, más brutalmente directas que derivan en particulares comportamientos disciplinarios de los padres o de los educadores. Una de estas sub-formas es la comparación desvalorizante (“mirá al hijo de la Sra. Pérez, que buenito”); otra, el reproche despreciativo (“Deberías tener vergüenza”, o peor aún: “Nos avergonzás”).

La negativa opuesta a un pedido de admiración se vincula con la frustración del deseo de seducir, de agradar. El no-reflejo de la grandiosidad exhibicionista en sentido estricto expresa esta forma de humillación que, al igual que la precedente, por más dolorosa que sea, es, sin embargo, menos destructiva que la negativa opuesta a un pedido de atención, porque lo que ésta cuestiona es el valor de una persona y no su existencia misma.

Una cuarta forma de humillación consiste en la negativa opuesta a un pedido de respeto. En el caso cuando la persona es violada en su intimidad, se la expone contra su voluntad, se ve obligada a develar su secreto, herida en su pudor o, incluso simplemente cuando se mira a una persona con insistencia y ésta tiene la impresión de ser un objeto de atención para los demás, lo que provoca una pérdida de control y torpeza, como lo había observado Wallon (1928). En todos los casos, la humillación y la vergüenza que aquella determina proceden del hecho de tener que reconocer, como lo dice Sastre (1943), que el otro nos posee, que el otro detenta el secreto de lo que nosotros somos. Se trata de una humillación que sienten los chicos y no porque sus padres sean negligentes sino, por el contrario, porque se trata de padres que aman intensamente a sus hijos, claro que de manera errónea, y están orgullosos de ellos o que, preocupados por sus hijos, los controlan en forma permanente y de manera invasora. Y, de este modo, los chicos se ven expuestos cuando no lo desean o no están preparados y no se les permite tener secretos.

Finalmente, otra forma de humillación consiste en la negativa opuesta a la libertad de conocer. Esta forma de humillación es muy compleja. La curiosidad sexual infantil puede servir de ejemplo. El niño desea conocer las “cosas de los adultos” y, entre estas, muy en particular, las cosas que conciernen a la sexualidad. Sin embargo, cuando un chico busca satisfacer este deseo, se lo amenaza con diferentes humillaciones potenciales: la de ser descubierto, que ya es en sí misma una humillación (a causa de la súbita inversión de los roles, de observador a observado), la de recibir una sanción humillante (burla, desprecio) y, por fin, la de ver “cosas demasiado grandes” que lo fascinan pero al mismo tiempo lo conmocionan y de las que se siente excluido.

Ver cosas demasiado grandes no es diferente y, en consecuencia, es tan humillante como estar obligado a ver, situación particularmente traumática para los chicos y los adolescente y que se encuentra con frecuencia en las familias en las que no hay ninguna discreción para exponer la sexualidad delante de los chicos. Esta situación corresponde exactamente a la violación del pudor (estar obligado a ver = estar obligados a mostrarse), y constituye ya un abuso sexual. Del mismo modo, el abuso sexual comporta en forma inevitable la coacción a mirar y la humillación que deriva de eso.

Podemos hablar de la negativa opuesta al pedido de la libertad de conocer tanto cuando no está permitido ver y saber como cuando no está permitido no ver y no saber.

Esta forma de humillación, al igual que la negativa opuesta al pedido de respeto y al pedido de atención, cuestiona la existencia del sujeto como persona, separada e independiente, con su derecho al reconocimiento de parte de los demás, al secreto y al conocimiento.

Aún cuando la psicopatología genética no haya tratado de manera sistemática hasta aquí el papel psicopatológico de las humillaciones, lo que acabamos de decir haría plausible en todo caso la hipótesis según la cual tendrían un efecto no desdeñable sobre el desarrollo de la personalidad.

En efecto, todo un conjunto de observaciones clínicas recientes demuestran una relación de causa-efecto entre las experiencias de humillación/vergüenza y el desarrollo de muchos estados psicopatológicos, de los que algunos se caracterizan por una sintomatología francamente psiquiátrica (para una revisión de estos casos, V. Battacchi y Codispoti, 1002; también Lewis, 1990).

Por mi parte, querría simplemente llamar la atención sobre un tipo particular de organización de la personalidad que sin dudas debemos interpretar como una respuesta caracterológica de defensa y a la vez de compensación de experiencias de humillación.

Este tipo de organización de la personalidad se ha descrito recientemente por Codispoti y por mí mismo (1990) y lo hemos llamado “síndrome de vergüenza”.

Aún cuando los casos sobre los que se funda la determinación de este síndrome presenten desarrollos de orden estrictamente psiquiátrico, nosotros nos hemos limitado a describirlo por medio de un análisis puramente fenomenológico de la relación que las personas caracterizadas por este síndrome mantiene consigo mismas y con el mundo.

Los rasgos distintivos del síndrome de vergüenza son esencialmente dos. El primero, que hemos llamado “hetero-autoconciencia”, consiste en la conciencia de sí en relación a los demás, a cuya observación y juicio el individuo se juzga constantemente. En una palabra, el sujeto manifiesta una inquietud constante vinculada al modo como aparece ante los demás, y esto porque “siempre hay que demostrarle algo a alguien”. El segundo consiste en atribuir un carácter de “duplicidad”, a menudo a los demás pero siempre a sí mismo. En otras palabras, los pacientes son conscientes de ser intrínsecamente dobles: desde la infancia, tuvieron la sensación de “no estar en su lugar”, de ser impostores, simuladores, o disimuladores.

Qué itinerario hay que recorrer para desprender esta segunda piel caracterial, que se presenta como un caso particular del falso Sí descrito por Winnicott y para recobrar una unidad y un baricentro personal?

Mucho, incluso casi todo, queda aún por descubrir en lo que concierne al tratamiento del síndrome de vergüenza.

Espero que el creciente interés de psicólogos y psiquiatras por este tema nos aporte en poco tiempo sugerencias interesantes.